

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA PERIFERIA: DESARROLLO PROFESIONAL Y CONCIENCIA SOCIAL¹

MYRIAM JIMENO

Universidad Nacional de Colombia

Ian Hacking propone que la diferencia más fundamental entre las ciencias naturales y las sociales consiste en que las primeras investigan cosas indiferentes mientras las otras no sólo estudian sujetos interactivos, que no permanecen quietos bajo el microscopio, sino que pueden ser simultáneamente indiferentes en algunos aspectos, mientras en otros son fuertemente interactivos con lo que los rodea (Hacking 1997). Justamente el fuerte vínculo interactivo entre los estudiosos y la realidad estudiada, la imposibilidad de mirar con indiferencia a quienes se estudia como una intencionada opción ideológica, es la más radical de las marcas del quehacer de la antropología colombiana y en buena medida de la latinoamericana. Las razones de esta opción, como es usual, son múltiples. Vale la pena destacar tan sólo que esta orientación global trasciende la decisión individual y proviene de un sustrato cultural amplio, que asigna un determinado papel de compromiso social a los intelectuales de las ciencias sociales y construye para ellos un horizonte común de acción. Esta peculiaridad ha estado acompañada de algunos otros rasgos distintivos que me propongo resumir en este artículo. La intervención hace unos años de Roy Rappaport en el Congreso de la Asociación Ameri-

1 Esta ponencia fue presentada en el Simposio de Antropología Aplicada, en el VIII Congreso de Antropología en Colombia, Bogotá, diciembre de 1997 y en el Foro "La Investigación Científica Antropológica y la Reproducción Social en América Latina", 49º Congreso Internacional de Americanistas, Quito, julio de 1997.

cana de Antropología (1995) es de especial utilidad para la argumentación, pues permite resaltar algunos elementos significativos de contraste con el quehacer antropológico latinoamericano.

Rappaport planteó entonces, que la antropología en los Estados Unidos ha gastado la mayor parte de su historia en una "diáspora exótica" pero que ahora está retornando a casa. Este regreso, dijo, ha dado un lugar de privilegio a la antropología de los problemas y de los conflictos. En el nuevo contexto cobran importancia las dificultades domésticas por diversas razones, entre ellas porque las dificultades en los países del centro tienen estrechas implicaciones con las dificultades en la periferia, y unos y otros se encuentran interconectados. Pero sobre todo, continúa Rappaport, los antropólogos norteamericanos tienen ahora una relación compleja con sus propias dificultades domésticas, pues no sólo se relacionan con ellas como antropólogos, sino también como sujetos. Precisamente la complejidad señalada por Rappaport para la actual antropología norteamericana, atraviesa y distingue a la latinoamericana. Es su marca de estilo, en el sentido que le han dado a esta noción Roberto Cardoso de Oliveira (1995, 1988), Esteban Krotz (1993) y Hebe Vessuri (1996). Ser sujeto concedor y conciudadano es una característica y un reto permanente para la antropología latinoamericana, reto que ha sido enfrentado y resuelto de forma diferencial según los contextos de cada generación y las peculiaridades nacionales, como lo han señalado Krotz (1993) y Peirano (1991). Esta relación compleja con los temas y con los sujetos del conocimiento tiñe de manera peculiar el punto de vista y la conciencia de los practicantes de la antropología y los ha colocado permanentemente de cara a las disyuntivas complejas de la construcción de nación, estado nacional y sociedad civil en sus países. Me detendré a continuación en la manera como esa conciencia social ha influido sobre la producción antropológica y señalaré lo que a mi juicio son las tres principales marcas de estilo: el referente ideológico, el estilo cognitivo y el entorno institucional.

El referente ideológico: cuando la diferencia es desigualdad

La antropología colombiana adoptó desde su inicio, en este caso desde mediados de los años cuarenta de este siglo, una variación del sistema de referencia básico de la antropología: una sensibilidad acentuada hacia las diferencias socioculturales vistas como graves desigualdades sociales en el propio país. Durante las primeras décadas de la práctica antropológica y hasta casi al final de los años sesenta, el tema indígena absorbió la mayoría de la atención como conocimiento de urgencia y en menor medida como militancia en favor de acciones de protección del indígena, como indigenismo. Fue central el conocimiento de pueblos que eran vistos por los antropólogos como en vías de extinción y rápida asimilación (ver para Colombia Chaves 1986, Herrera y Low 1991, Herrera y Low 1994, Henaó 1983; también la compilación bibliográfica de Arocha y Friedemann (1978) y la de artículos (1984).

Sin embargo, en la medida en que la antropología se consolidó como disciplina universitaria, creció sustancialmente el número de practicantes², recibió influencia de la sociología, del marxismo, de las teorías de la dependencia y del neocolonialismo, se radicalizó el referente ideológico. En las décadas del sesenta y setenta se hizo hegemónica la idea del compromiso social del científico con la construcción de una sociedad nacional sin desigualdades sociales y la imperiosa necesidad de su postura crítica frente al orden establecido. Entonces, el "ingeniero social" al que se refiere Gadamer, no pareció disociado de la misma sociedad a la cual pertenece (Gadamer 1992), sino más bien fue visto como instrumento para su cambio³. En los años setenta esa postura llevó a muchos a una práctica radical, inclusive de militancia política en movimientos sociales⁴, especialmente con el movimiento indígena, que para entonces resurgía en casi todos los países latinoamericanos con banderas y

2 Hasta 1960 el número de antropólogos profesionales en Colombia no llegaba a la centena; hacia mediados de los ochenta llegaba ya al millar.

3 Ver por ejemplo las polémicas en Colombia en periódicos y en otras publicaciones de la época como "La Rana" entre 1976 y 1977, Popayán, Colombia. Eran tan álgidas las discusiones sobre el papel de los intelectuales, que Arocha y Friedemann (1984) la llamó la "antropología del debate".

4 No es casualidad que entre los guerrilleros de los distintos movimientos en Colombia (M19, EPL, FARC, Quintín Lame) hayan figurado, incluso hasta la actualidad, sociólogos y antropólogos, hombres y mujeres. Una de estas antropólogas, María Eugenia Vásquez, repara en la actualidad la publicación de sus memorias, un relato vivencial de gran intensidad que muestra sus dilemas y dramas de guerrillera, mujer y antropóloga.

posturas renovadas. Pero el movimiento radical no se restringió al activismo político, aunque este absorbiera buena parte de sus energías.

Con el compromiso social se desarrollaron también énfasis sobre los límites y la historicidad del conocimiento que en la actualidad se consideran novedades de la discusión antropológica. Se debatía la relación con los sujetos de estudio y se impugnaba la autoridad del investigador; se desconfiaba de las bondades y la asepsia de la ciencia, se negaba la neutralidad científica, con un recelo abierto contra el paradigma positivista y el conocimiento "objetivo"; el centro era el cuestionamiento de las relaciones de poder que permean el ejercicio del conocimiento y, en fin, se practicaba una desconfianza general sobre la antropología como fruto del colonialismo. La develación de las relaciones ocultas de poder fue el leitmotiv de esa práctica antropológica y a su alrededor se debatieron acaloradamente los antropólogos entre 1970 y 1985⁵ (Uribe 1980, Jimeno 1984, 1993; sobre una de las orientaciones ver Fals Borda 1998).

El tono ideológico prevenía frente a la ciencia "no comprometida", afanaba por ser útil a los marginados y oprimidos de la sociedad y promovía intensamente el conocimiento de la propia sociedad nacional. De allí se derivaron, en el caso colombiano, un cierto desprecio por la llamada práctica "academicista", de "torre de marfil". Se privilegió el conocimiento con proyecciones prácticas y una búsqueda incesante, muy a menudo frustrante, de un compromiso con las comunidades estudiadas y con los movimientos sociales. El movimiento indígena en auge en Colombia desde 1972, y ya no las sociedades auto contenidas y ahistóricas, tuvo un lugar de privilegio para los antropólogos. Pero en Colombia los antropólogos también se dirigieron a toda la gama del descontento y la protesta social (paros cívicos, movimientos urbanos, campesinos, etc).

Darle la palabra al "otro", hacer visible al sujeto de conocimiento, se lleva, aún hoy, hasta el extremo ingenuo de intercalar intervenciones (discursos políticos, reivindicativos, poéticos, cantos) de variedad de sujetos sociales con

5 La enseñanza de la antropología se inició en Colombia en la Escuela Normal Superior, a mediados de los años treinta, se asentó en los cuarenta y cincuenta como formación disciplinaria, y se integró al sistema universitario a partir de 1965, en cuatro diferentes departamentos de antropología.

las de los académicos, sin mediación alguna⁶. La "corrección política" ha estado, pues, en el mandato ideológico (Arocha y Friedemann 1984).

Este estilo ideológico ha incidido en determinadas dificultades para la acumulación de la producción y para el ejercicio mismo de la antropología. Uno de sus frutos principales ha sido la abrumadora concentración de la producción intelectual en conocimientos sobre problemas específicos de una localidad, región o comunidad, si bien resaltando, por lo regular, sus vínculos críticos con la sociedad nacional y el entorno más amplio (ver balance de la producción antropológica entre 1980 y 1990 en Jimeno, Sotomayor y Zea 1993 y base bibliográfica compilada por Wartemberg y Zea 1991). Su énfasis fue la producción orientada, al menos idealmente, hacia la búsqueda de soluciones institucionales, legales o de otro de tipo para las comunidades estudiadas. Así, una buena parte de la producción hasta inicio de los noventa podría llamarse de antropología aplicada o "comprometida", entendida como el análisis de un problema, proceso o situación particular, para comprender sus causas y desarrollar acciones que las afecten, de manera similar a como Rappaport (1995) se refería a la actual antropología aplicada estadounidense. El marco de referencia más usual era una agencia gubernamental, pero también los organismos no gubernamentales, nacionales o extranjeros, algunos de ellos creados por grupos de antropólogos como centros de consultoría especializados para política gubernamental nacional o internacional. Pero a diferencia de lo que Rappaport señala para la antropología aplicada, en Colombia ha sido alta la conciencia crítica frente a los propósitos y los valores de las acciones gubernamentales y se intenta explícitamente agudizar la crítica e imprimirle cambios a la política oficial, como quien arranca girones de concesiones a una ávida bestia. Vale la pena, por otro lado, resaltar que si bien una parte significativa de la producción se encuentra en este tipo de conocimiento, también prosigue y se consolidó una antigua línea de conocimientos etnográficos y analíticos básicos.

6 Los ejemplos son muy abundantes, pero basta citar uno de ellos: el Seminario "La Contribución Africana a la Cultura de las Américas", celebrado en 1993 por el Instituto Colombiano de Antropología y publicado con el mismo título (Ulloa 1993) en el cual se intercalan las intervenciones de los activistas de los movimientos negro e indígena con las de pobladores rasos (poemas, cantos) y con las de los académicos.

Precisamente en la antropología "comprometida", la antropología colombiana y probablemente la de otros países latinoamericanos, ha obtenido sus mejores éxitos. Su producción no circula a la manera de los productos usuales de conocimiento, en forma de artículos y ensayos, sino que está contenida en un abundante cuerpo de textos, informes y conceptos técnicos inéditos, con escasa circulación. Pero no por ello su repercusión social ha sido poca: cuenta entre sus logros modificaciones de política y acción gubernamentales y cambios vastos, legales e institucionales, sobre todo en lo referente a los indígenas y en menor medida a la población negra, la diversidad regional y la preservación del patrimonio arqueológico. Ha incidido en sin número de situaciones particulares en defensa de comunidades locales frente a planes estatales, macroproyectos de infraestructura (viales, oleoductos, de riego, hidroeléctricas), frente a la destrucción ambiental y otros que afectan a diferentes pobladores de escasos recursos. Temas sensibles como los derechos humanos, la desaparición forzosa, los desplazamientos internos de población, no le son ajenos. En fin, su gran logro, del cual en buena medida no es consciente, es haber logrado sensibilizar la conciencia pública hacia la diversidad étnica y cultural como posible fundamento de nacionalidad.

De esta manera, sirviéndonos como espejo de Rappaport, el antropólogo latinoamericano ha actuado como crítico cultural al rechazar la neutralidad valorativa de su propia práctica y la de la agencia contratante, incluidos los centros académicos, y al partir de la relación estrecha entre los valores, el análisis y las propuestas de acción. No es pues accidental el éxito en Colombia de la corriente llamada investigación-acción-participativa (Fals Borda 1998), que celebró en 1997 veinte años de su lanzamiento público.

Este estilo ideológico ha repercutido en Colombia en una cierta desproporción entre el número importante de antropólogos y temáticas abordadas y una relativa lentitud en la acumulación de conocimientos analíticos y generalizaciones, y en un, no siempre velado, desprecio por la teoría (Jimeno 1994), aunque esa tendencia se ha modificado y matizado en el transcurso de la última década, con el debilitamiento de las ideologías radicales y por la influencia de la formación de posgrado.

Otro efecto del referente ideológico es el ejercicio profesional y la producción intelectual volcados sobre el propio país del antropólogo, con

escasa confrontación o comparación externas. En la antropología latinoamericana sobresale el interés por conocer la propia sociedad nacional (Krotz 1993, Vessuri 1996, Peirano 1991) y los retos de la consolidación del estado nacional, acicateada también por la necesidad de mostrar la relevancia política de las ciencias sociales sobre las que abundan las sospechas y los prejuicios sobre su "inutilidad".

También respecto al referente ideológico, se ha dado una relación ambivalente y ambigua entre los antropólogos y las agencias gubernamentales, que en el caso colombiano son los principales empleadores de antropólogos. Por un lado se recela de las intenciones gubernamentales, se cuestionan sus propósitos y se parte de que las entidades no representan o están en contra de los intereses de los más deprimidos socialmente, en una visión demoníaca del estado. Pero de manera simultánea, se intenta influir y cambiar las agencias estatales, en una relación cargada de tensiones.

La relación de los antropólogos con las comunidades y organizaciones locales tampoco está desprovista de conflictos. No es raro que las comunidades sean renuentes al trabajo del antropólogo, pese a su expresa dedicación y compromiso, y le impongan cada vez mayores exigencias y limitaciones, sobretodo para quienes trabajan con minorías étnicas⁷.

En su ejercicio profesional variado y agitado, la antropología colombiana se ha enriquecido de otras disciplinas, en contraste con su encierro en las fronteras nacionales y con la dispersión y el carácter descriptivo-aplicado de su producción. El resquebrajamiento de las certezas ideológicas radicales ha traído orientaciones nuevas, preocupación por el rigor y la elaboración analítica y por la investigación de largo plazo, de manera que se consolida ahora una nueva orientación, marcada por la despolitización de la práctica antropológica. Qué dejarán los nuevos aires? Es muy pronto para saberlo. El estilo ideológico que predominó hasta hace poco orienta hacia las dificultades y los conflictos domésticos y también hacia una antropología comprometida con cambios so-

7 Una organización indígena de la Costa Pacífica colombiana incluso publicó un decálogo que debe cumplir todo investigador, que incluye desde la aprobación del proyecto hasta la supervisión de su ejecución y la obligatoria contratación de personas de la comunidad. Esta normatividad está ampliamente extendida entre las organizaciones indígenas y algunas negras, quienes controlan el acceso a las comunidades.

ciales en los cuales ha obtenido un éxito relativo, especialmente en el campo jurídico⁸ y en algunos aspectos de la conciencia pública.

El estilo cognitivo

El referente ideológico interactúa con ciertas orientaciones conceptuales que otorgan predilección a cierta forma de abordar y enfrentar el conocimiento social. Un primer elemento de predilección es una forma de historicismo para el análisis, en la cual se privilegian los recuentos de contextos históricos para la comprensión social. Se trata de una orientación que, si bien influenciada por el marxismo, lo rebasa y lo precede, y no se inspira directamente en el historicismo alemán. Probablemente su fuente resida en una forma de asimilación de las discusiones modernas, especialmente las de la filosofía política liberal, que fueron tan caras para las élites anticoloniales latinoamericanas decimonónicas y perduraron hasta las primeras décadas de este siglo. Aún están relativamente próximos los intelectuales de finales y comienzos de siglo, formados en su gran mayoría en derecho o en ciencias eclesiásticas, provenientes de las capas acomodadas y educadas de la sociedad, quienes influenciados por el pensamiento liberal, distraían la atención de sus haciendas y actividades comerciales haciendo "historia patria" y literatura. La producción intelectual era un pasatiempo de privilegiados y a menudo se relacionaba y se ponía al servicio de sus luchas políticas.

Sea por esta "tradición" o por otras razones, el recuento de cadenas temporales de sucesos y el encadenamiento de acontecimientos, han tenido un lugar de privilegio en el pensamiento de las ciencias sociales para la comprensión de situaciones y problemas particulares. Tal vez el marxismo tan sólo reforzó un estilo más arraigado y antiguo. Con relativa frecuencia el repaso de la historia nacional o del devenir de una institución nacional absorbieron las explicaciones y, a la inversa, se minimizó el análisis sincró-

8 En Colombia el cambio constitucional de 1991 y un número importante de leyes en lo relativo al tratamiento de la diversidad étnica, la territorialidad, la educación, la justicia, la representatividad política y la protección de las lenguas amerindias, entre otros, contaron con la participación activa de científicos sociales, entre ellos antropólogos. Ver por ejemplo, las compilaciones de Sánchez (1992), Zambrano (1993) y Triana (1988).

nico o estaba desconectado de su "marco" histórico. Cuando se inició la formación de antropólogos profesionales en Colombia, ya en los años cuarenta de este siglo, el énfasis en la etnografía de campo y el presente etnográfico parecieron ofrecer una alternativa distinta de enfoque. Pero en la mayoría de las obras los principios más caros de la etnografía realista se encuentran matizados, y sobre todo, muy pronto fueron arrasados por la irrupción de una nueva generación para la cual la reivindicación de la comprensión histórica era un principio cognitivo y político de primer orden.

En esta nueva orientación cognitiva recibieron privilegio los contextos sociopolíticos, entendidos principalmente como secuencias históricas y no tanto como redes de interconexión. Este enfoque, si bien tuvo la ventaja de dar énfasis a la temporalidad, al cambio social, a la política de la investigación y problematizó la relación con los sujetos de estudio resaltando, y, aún pretendiendo invertir las relaciones de poder allí presentes, como todo reduccionismo historicista simplificó el análisis y en su mayoría divagó en grandes esquemas o marcos generales, mientras la especificidad social quedaba diluida en los grandes trazos históricos o en las descripciones prolijas. El presente era no más que epifenómeno de la estructura histórica.

Este énfasis aproximó la antropología colombiana a otras disciplinas, especialmente a la historia, y creó conexiones permanentes con ellas, al tiempo que difuminó los límites disciplinarios y con ello sopesó y aún negó particularidades de enfoque de la antropología. El contacto interdisciplinario abrió perspectivas teóricas, temáticas y aún técnicas, mientras las limitaba para el debate interno dentro de la propia antropología, nacional e internacional. Como enfoque, estuvo presente en la producción antropológica hasta finales de los ochenta, si bien es claro que las producciones destacadas se alejaban de él⁹. Comenzó a ser sustituido en los años ochenta, cuando podría hablarse de una recuperación crítica y renovada de la antropología, que se refleja en un incremento de la producción de mayor alcance y elaboración, y en una ampliación importante de cuerpo conceptual y del número de investigadores.

9 Ver la compilación bibliográfica comentada de Arocha y Friedemann (1978) y la de Wartemberg y Zea (1991). También la base bibliográfica de datos coordinada por Sotomayor y Jimeno (1995-96) para la Asociación Latinoamericana de Antropología sobre las cien obras más consultadas de la antropología colombiana (inédita).

El rasgo cognitivo historicista en buena medida corría parejo con otro, la preferencia por las explicaciones macroestructurales. Es marcada la preferencia, aún vigente, por las teorías de amplio espectro y por subrayar las conexiones macroestructurales de fenómenos particulares. El interés por las teorías intermedias en el sentido mertoniano es menor. Como resultado, si bien se gana al subrayar las interrelaciones entre aspectos, instituciones y rasgos sociales con determinantes en la conformación social, se tienden a soslayar los procesos agenciales, la relación intersubjetiva y la acción social. Los sujetos sociales suelen verse como meros agentes de fuerzas estructurales, en detrimento de la identificación de procesos o problemas específicos que constituyen el modelaje de los sujetos sobre su propio entorno.

El entorno institucional

El entorno institucional suele ser un tema predilecto de debate para la antropología latinoamericana, sobre todo para subrayar sus carencias y el efecto de éstas sobre la consolidación de una producción intelectual de calidad (Krotz 1993)¹⁰. Pretendo resaltar tan sólo dos elementos que considero centrales para la conformación de la comunidad antropológica en el caso colombiano.

En primer lugar, en Colombia las capas intelectuales están aún en proceso de ser reconocidas y aceptadas suficientemente por la sociedad. La ciencia "nacional" no merece todavía suficiente credibilidad y se mira con inocultable desdén por las capas dirigentes y por la nueva tecnocracia. Esto se refleja en la relativa debilidad de la conformación institucional como marco de formación y acción disciplinaria y en la fragilidad de las instituciones frente a decisiones coyunturales, tales como la corriente política que pretende disminuir el estado y su inversión en centros de investigación y educación superior. La tradición de las instituciones académicas se menosprecia y se percibe como obstáculo para introducir periódicamente cambios en nombre de la "modernización" institucional. Las instituciones, tanto como las personas, tienen enorme dificultad para

10 Un ejemplo son los Foros organizados por la Asociación Latinoamericana de Antropología ALA, en México, Brasil, Colombia y Ecuador desde 1989.

asentarse, arraigar y consolidarse, en el suelo movedizo de las coyunturas y las políticas efímeras.

Existe, no obstante, y pese a ello, un sistema relativamente sólido de educación superior en Colombia, cuyas universidades y centros más consolidados han ofrecido un nicho para la formación de capas intelectuales y para el enraizamiento de condiciones para la investigación, condiciones que comenzaron a gestarse con la reforma liberal de la educación a mediados de los años treinta (para la antropología ver Herrera y Low 1991 y 1994).

Los programas de formación de antropólogos en Colombia, como en otros países con excepción de Brasil y México, ofrecían hasta pocos años atrás tan sólo formación de pregrado. Desde hace unos pocos años se crearon programas de maestría, con gran atraso en relación con otras ciencias sociales como lingüística, sociología e historia. En el pregrado se brinda entrenamiento en las principales ramas tradicionales de la antropología, con una marcada orientación para el desempeño académico. Pero en el país el mercado laboral es abrumadoramente para antropólogos aplicados y es un mercado vigoroso y en expansión, por diferentes requerimientos institucionales. Existe una brecha entre la formación y la vida laboral profesionalizante, lo que genera no pocos sinsabores para las personas que encuentran dificultad en emplear creativamente una enseñanza muy tradicional aula-profesor. Un efecto ha sido el abandono de la antropología como cuerpo conceptual por un número creciente de profesionales, quienes optan por una categoría social más difusa, la de funcionario (Jimeno 1984) o por asimilarse al trabajador social.

Las asesorías y consultorías para agencias estatales y en menor medida para organismos no gubernamentales monopolizan la oferta de trabajo. Una característica de esta es la alta movilidad en el empleo, que hace que las personas transiten continuamente de un trabajo al otro. Una persona bien puede trabajar durante un lapso en programas asistenciales urbanos, luego para programas de apoyo a desplazados de la violencia y posteriormente, realizar la evaluación de impacto de cualquier programa social o de una obra de infraestructura, al vaivén de las necesidades sociales y las ofertas de trabajo y sin relación ninguna con su trabajo de grado. La mayoría del ejercicio profesional se lleva a cabo en el cambio de un tema y de una institución a otros, en contraposición con el modelo del antropólogo especialista de por vida en una región, pueblo o temática. No pocas capacidades

personales quedan así por ese camino sobresaltado, y ceden paso a los afanes diarios, con un efecto negativo sobre la consolidación acumulativa y la reflexión crítica de conocimientos. Sin embargo, se protegen de la dispersión del conocimiento y de sus agentes, principalmente quienes se encuentran en los centros académicos o han creado sus propios centros de consultoría e investigación.

En conclusión, las marcas de estilo han implicado una gran plasticidad en la antropología colombiana, que la ha llevado a incorporar una pluralidad de sujetos, metodologías y temas de conocimiento. La antropología se ha involucrado tempranamente en debates álgidos con efectos prácticos que van desde la modificación constitucional hasta las políticas sobre minorías étnicas. Puede entonces decirse que los antropólogos han sabido cambiar con el cambiante contexto del conocimiento. Las ilusiones utópicas por las que claman algunos posmodernistas no han estado nunca ausentes para esa manera de hacer antropología, pues ella no ha renunciado a la más radical de las utopías: la igualdad social. La preocupación por la igualdad, por las condiciones de producción del conocimiento y la conciencia social que impregna la antropología colombiana, sin embargo, han sido al tiempo, la fuente de sus debilidades y carencias, tanto como el impulso para ampliar sus horizontes.

BIBLIOGRAFÍA

- AROCHA, Jaime y Nina FRIEDEMANN (orgs.). 1978. *Bibliografía Anotada y Directorio de Antropólogos Colombianos*. Bogotá: Sociedad Antropológica de Colombia-FES-COLCIENCIAS.
- _____. 1984. *Un Siglo de Investigación Social: Antropología en Colombia*. Bogotá: Ed. Etno.
- CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto. 1995. "Notas sobre una estilística da antropologia". In *Estilos de Antropologia* (Roberto Cardoso de Oliveira y Guillermo Raul Ruben, orgs.). Campinas: Editora da UNICAMP. pp. 177-89.
- _____. 1988. *Sobre o Pensamento Antropológico*. Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro.
- CHAVES, Milcades. 1986. *Trayectoria de la Antropología Colombiana*. Bogotá: COLCIENCIAS-Guadalupe.
- FALS BORDA, Orlando. 1998. "Experiencias Teórico-Prácticas. Participación Popular: Retos del futuro". In *Experiencias Teórico-Prácticas. Participación Popular: Retos del Futuro* (Orlando Fals Borda, org.). Bogotá: ICFES-IEPRI-COLCIENCIAS. pp. 169-236.

- GADAMER, Hans Georg. 1992. "Retórica, Hermenéutica y Crítica de la Ideología. Comentarios metacríticos a Verdad y Método". In *Verdad y Método II*. Salamanca: Ediciones Sígueme. pp. 225-241.
- HACKING, Ian. 1997. Taking Bad Arguments Seriously. *London Review of Books* 14: 14-16.
- HENAO, Hernán. 1983. Integración o Autonomía? Una mirada al indigenismo en Colombia en los últimos cuarenta años. *Boletín de Antropología* 5(17-19):2 (Memorias del II Congreso de Antropología en Colombia): . Medellín: Universidad de Antioquia.
- HERRERA, Marta y Carlos LOW. 1991. Las ciencias humanas y el ambiente académico en Colombia entre 1930 y 1950. *Revista Colombiana de Educación* 22-23:30-57. (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional).
- _____. 1994. *El Caso de la Escuela Normal Superior: Una historia reciente y olvidada*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- JIMENO, Myriam. 1984. "Consolidación del Estado y Antropología en Colombia". In *Un Siglo de Investigación Social* (Jaime Arocha y Nina Friedemann, orgs.). Bogotá: Editorial Etno. pp. 200-30.
- _____. 1993. "La Antropología en Colombia". In *Balance de la Antropología en América Latina y el Caribe*. (Lourdes Arizpe y Carlos Serrano, orgs.). México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM. pp. 381-94.
- _____. 1994. Criterios de Calidad de la Investigación Vistos desde la Antropología. *Revista Innovación y Ciencia* 2(5): 19-21.
- JIMENO, Myriam, María Lucía SOTOMAYOR e Hildur ZEA. 1993. Evaluación de la Producción y Prácticas Antropológicas. Tendencias y perspectivas. *Informes Antropológicos* 6: 19-21. (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología).
- KROTZ, Esteban. 1993. "Antropología y Antropólogos en México: Elementos de balance para construir perspectivas". In *Balance de la Antropología en América Latina y el Caribe* (Lourdes Arizpe y Carlos Serrano, orgs.). México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM. pp. 361-80.
- _____. 1996. La Generación de Teoría Antropológica en América Latina: Silenciamientos, tensiones intrínsecas y puntos de partida. *Maguaré* 11-12: 25-39. (Bogotá: Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia).
- PEIRANO, Mariza. 1991. The Anthropology of Anthropology: The Brazilian case. *Série Antropologia* 110.
- RAPPAPORT, Roy. 1995. The Anthropology of Trouble. *American Anthropologist* 21: 295-303.
- SÁNCHEZ, Esther (org.) 1992. *Antropología Jurídica*. Bogotá: Sociedad Antropológica de Colombia-Comité Internacional para el Desarrollo de los Pueblos.

MYRIAM JIMENO

- TRIANA, Adolfo (org.) 1988. *Grupos Étnicos, Derecho y Cultura*. Bogotá: Funcol, Cuadernos del Jaguar.
- ULLOA, Astrid (org.) 1993. *Contribución Africana a la Cultura de las Américas*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología-Proyecto Biopacífico.
- URIBE, Carlos. 1980. La antropología en Colombia. *América Indígena* 40(2): 40-54.
- VESSURI, Hebe. 1996. Estilos Nacionales de Antropología? Reflexiones a partir de la sociología de la ciencia. *Maguaré* 11-12: 58-73. (Bogotá: Departamento de Antropología Universidad Nacional de Colombia).
- WARTEMBERG, Lucy y Hildur ZEA (orgs.). 1991. *Una Década de Producción Antropológica. Bibliografía, 1980-1990*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- ZAMBRANO, Carlos (org.) 1993. *Antropología y Derechos Humanos*. Bogotá: Universidad de los Andes (Memorias del VI Congreso de Antropología en Colombia).